

## II

El restablecimiento de la monarquía fué coma una liberación. A modo de corriente atascada y obstruida, el espíritu público se precipitó con todo su peso natural y con todo el impulso adquirido, por el cauce que se le había cerrado. El impetu arrolló los diques. El violento retorno á los sentidos ahogó la moral. La virtud pareció puritana. El deber y el fanatismo se confundieron en un descrédito común. Ese gran reflejo, barriendo la devoción con la honradez, dejó al hombre devastado y lleno de lodo: desaparecieron las partes superiores de su naturaleza, y no quedó más que el animal sin freno ni guía, saltando con sus apetitos por encima de la justicia y del pudor.

Cuando se mira esas costumbres al través de Hamilton y Saint-Evremond, pueden tolerarse. La disipación del francés no ofende más que á medias: si en él se desencadena el animal, es sin demasido exceso. No es su fondo como el del otro, rudo y potente. Podéis romper el hielo brillante que le cubre, sin encontrar el henchido y cenagoso torrente que muje dentro de su vecino (1); el arroyo que saldrá de él no hará grandes desmanes: volverá de suyo y pronto á su acos-

(1) Véase en Richardson, Swift y Fielding, pero sobre todo en Hogarth, la pintura de ese desafiado brutal. No ha mucho aún que, en un *finish* de Londres, los caballeros se entretenían en emborrachar á muchachas engalanadas con trajes de baile, y cuando caían inertes, las hacían tragar pimienta, mostaza y vinagre. (Flora Tristan, 1840, *Promenades dans Londres*, capítulo VIII.—Testigo ocular.)

tumbrado lecho. El francés es dulce, naturalmente civilizado, poco propenso á la sensualidad excesiva ó grosera, fácilmente prevenido contra las costumbres crapulosas por su finura y su buen gusto. El caballero de Grammont tiene demasiado seso para ser aficionado á la orgía. Es que, en fin de cuentas, la orgía no es agradable: romper vasos, desgañitarse, decir porquerías, engullir hasta empacharse, nada de eso es muy tentador para sentidos un poco delicados; él ha nacido epicureo, no glotón ni borracho. Lo que busca es la distracción, no la alegría desenfadada y el placer bestial. Ya sé que no es un hombre sin tacha. Yo no le confiaría mi bolsa: olvida con harta facilidad la distinción entre lo tuyo y lo mío. Sobre todo no le confiaría mi mujer: no es hombre seguro en achaques de delicadeza; sus travesuras en el juego y cerca de las damas, nos le muestran con sus puntas y ribetes de bellaco y corruptor. Pero es injusto emplear tales términos á propósito de él; son demasiado duros: aplastan á una criatura tan fina y primorosa. Esos pesados hábitos de honor ó de vergüenza, no los pueden llevar más que hombres serios, y Grammont no toma nada en serio, ni á los demás, ni á sí propio, ni el vicio ni la virtud. Lo único que le preocupa es pasar el tiempo agradablemente. «Nadie volvió á aburrirse en el ejército—dice Hamilton—en cuanto él estuvo allí.»

Tal es su gloria y su objetivo: no se pica ni se cuida de otra cosa. Su criado le roba; otro hubiera hecho colgar al bribón; pero el robo era gracioso, y el se queda con el tunante. Se marchaba, olvidando casarse con su prometida; le dan alcance en Douvres, vuelve y se casa; el lance era peregrino: no pide más él. Un día, viéndose sin un cuarto, desvalija en el juego al conde de Camerán. «¿Es que Grammont, después de

la figura que ha hecho, puede reducirse á la condición de mendigo? No; él tiene dignidad; sostendrá el honor de Francia.» Nuestro hombre reduce á broma la fullería; en el fondo, no tiene ideas muy claras sobre la propiedad. Agasaja á Camerán con el dinero de Camerán. ¿Hubiera hecho más ú otra cosa Camerán mismo? Poco importa que su dinero esté en el bolsillo de Grammont ó en el suyo; se ha conseguido lo principal, que era divertirse en tomarle y en gastarle. Lo odioso y lo innoble desaparecen de la vida así entendida. Si hace la corte á los príncipes, estad seguros de que no es de rodillas: un alma tan viva no cede al peso del respeto; el ingenio le pone al nivel de los más grandes; so pretexto de entretener al rey, le dice las más grandes verdades (1). Si cae en Londres en medio de los escándalos, no se hunde en ellos; se desliza sobre la punta de los pies con tal ligereza, que sale sin mancharse de lodo. No se traslucen ya en sus relatos las angustias y las brutalidades que encierran los hechos; la narración marcha rápidamente, despertando sonrisa tras sonrisa, y el espíritu entero se ve arrastrado, con movimiento ágil y fácil, hacia una disposición jovial. En la mesa no se atraca Grammont; en el juego no se pondrá furioso; delante de su amante no soltará palabrotas; en los duelos no odiará á su adversario. El temperamento francés es como el vino francés; no inclina á la brutalidad ni á la tristeza. Las cenas no destruyen aquí la finura, la bondad, ni el placer. El libertino sigue siendo socia-

(1) El rey jugaba al chaquete; llega una jugada dudosa: «¡Ah! aquí tenemos á Grammont que va á ser juez; Grammont, venid á juzgar.—Señor, habéis perdido.—¡Cómo! si no sabéis aún...—Pero no veis, señor, que con sólo que la jugada hubiese sido dudosa, estos señores se hubiesen apresurado á dejaros ganar?»

ble, fino y obsequioso; su alegría no es completa sin la alegría de los demás; se ocupa de ellos tan naturalmente como de sí mismo, y, por remate, conserva viva y despejada la inteligencia; las ocurrencias, los pensamientos brillantes, las frases felices salen á borbotones de sus labios; piensa en la mesa, en compañía, y á veces mejor que solo ó en ayunas. Bien se ve que aquí el disipado no oprime al hombre. Grammont diría que le completa, y que el entendimiento, el corazón y los sentidos no encuentran su perfección y su alegría más que en la elegancia y la animación de una cena selecta.

## III

Al revés de Inglaterra. Si se raspa la moral que sirve de envoltura, aparece el bruto con toda su violencia y fealdad. Uno de sus estadistas decía que entre nosotros el populacho desenfrenado, se dejaría guiar por las palabras de humanidad y de honor, mientras que, para aplacar al suyo, habría que arrojarle carne cruda. La injuria, la sangre, la orgía: he ahí el pasto á que se abalanzó aquel populacho de nobles. Todo lo que disculpa un Carnaval falta aquí, empezando por el ingenio. Tres años después de la vuelta del rey publica Butler su *Hudibras*; con qué aplausos se recibió, sólo los contemporáneos pueden decirlo, y su resonancia se ha prolongado hasta nosotros. ¡Si supieseis cuán pobre es de ingenio, con qué torpeza y en qué patochadas diluye su farsa vengativa! Aquí y allí subsiste una imagen afortunada, resto de la poesía que acaba de fenecer; pero toda la trama

de la obra parece de un Scarrón, tan innoble como el otro y más malo que el otro. Se dice que eso es imitación de *Don Quijote*: Hudibras es un caballero puritano, que va, como el otro, á enderezar entuertos y á recibir mojicones. Digamos más bien que eso se parece á la miserable falsificación de Avellaneda. El versecillo bufón trota indefinidamente con su paso cojitranco, zabulléndose en el lodo. La pintura de Hudibras y de su caballo dura un canto casi entero; cuarenta versos se invierten en describir su barba, y otros cuarenta en describir sus calzones. Interminables discusiones escolásticas, disputas tan prolongadas como las de los puritanos, dilátanse como una serie de páramos y malezas por toda una mitad de la obra. Ni sombra de acción, ni asomo de naturalidad; por todas partes sátiras abortadas y caricaturas groseras; ni arte, ni medida, ni gusto; el estilo puritano se ha transformado en una jerga absurda, y el rencor venenoso, errando el blanco por su exceso mismo, desfigura el retrato que quiere trazar. ¿Creeríais que tal escritor se hace el gracioso, que quiere alegrarnos, que pretende ser agradable? ¡Bonito chiste este toque sobre la barba de Hudibras! «Ese meteoro cabelludoregonaba la caída de los cetros y de las coronas; con su lúgubre símbolo figuraba el ocaso de los gobiernos, y su azada (1) jeroglífica decía que su tumba y la tumba del Estado estaban abiertas.» El autor se halla tan satisfecho de esa gracia insípida que la prolonga durante diez versos más. La tontería crece á compás que se avanza. ¿Es posible que hayan parecido agradables lindezas como estas? «Su espada tenía por paje una daga, que era algo pequeña para su edad, y, por

(1) Era una barba cortada en forma de azada.

consiguiente, la acompañaba al modo que los enanos á los caballeros andantes. Era un puñal ordinario, á propósito para las faenas y para el combate: cuando había abierto un pecho ó una cabeza, servía para limpiar el calzado ó para plantar cebollas.» Todo propende á lo trivial; si aparece alguna belleza, la afea el tono burlesco. Al ver esa prodigalidad de ordinaries, esas chanzas rastreras y burdas, se cree uno delante de un payaso de plazuela; así hablan los charlatanes del arroyo cuando amoldan su imaginación y su lenguaje á los hábitos de las tabernas y de los tugurios. Hay allí suciedades; en efecto, la canalla se ríe cuando el saltimbanquis hace alusión á las ignominias de la vida privada. Tal es el género grotesco que hizo las delicias de los cortesanos de la restauración; su rencor y su grosería se recrearon en el espectáculo de esos títeres chillones, y todavía, al través de dos siglos, se oye la risotada de aquel auditorio de lacayos.

## IV

Carlos II hacía observar á Grammont en la mesa cómo su gente le servía de rodillas. Hacían bien: era su verdadera postura. El gran canceller Clarendon, uno de los hombres más honrados y respetados de la corte, sabe de improviso, en pleno consejo, que su hija Ana se halla en cinta por obra del duque de York, y que ese duque, hermano del rey, la ha dado palabra de casamiento. He aquí las palabras de ese tierno padre; él mismo se cuidó de transmitirnoslas (1). «El

(1) *Memorias de Clarendon*, tomo II, pág. 65.

canciller montó en cólera contra la perversidad de su hija, y dijo con toda la vehemencia imaginable que, en cuanto fuese á su casa, la pondría á la puerta como una prostituta, declarándola que tendría que buscarse la vida como pudiera, y que él no volvería á verla nunca.» Nótese que ese gran hombre había recibido la noticia en palacio inesperadamente, y que de buenas á primeras encontraba esos acentos generosos y paternales. «Añadió que preferiría mucho más ver á su hija de manceba que de mujer del duque.» ¿No es una cosa heroica? Pero dejémosle hablar. Sólo un corazón tan noblemente monárquico puede excederse á sí mismo. «Estaba dispuesto á dar un consejo positivo, y esperaba que sus señorías se unirían á él para que el soberano mandase al punto enviar á *la mujer* á la Torre, donde sería encerrada en un calabozo, bajo una vigilancia tan estrecha que no pudiese acercársela ningún ser viviente; que inmediatamente después se presentaría un acta al Parlamento para que la cortasen la cabeza, y que no sólo daría él su consentimiento, sino que sería el primero en proponerla.» ¡Qué virtud romana! Y por temor de no ser creído, insiste: «Todo el que conozca al canciller creará que ha dicho esto con todo su corazón.» No contento todavía, repite su dictamen, se dirige al rey con todo género de razones concluyentes para conseguir que corten la cabeza á su hija. «Mejor querría someterme á su deshonor y soportarle con toda humildad que verle reparado por su matrimonio, pensamiento tan execrable para mí, que me quedaría mucho más contento viéndola muerta con toda la infamia debida á su presunción.» He ahí cómo, en trance difícil, conserva un hombre sus emolumentos y su toga. Sir Carlos Berkeley, capitán de los guardias del duque de

York, hizo más aún: juró solemnemente «que se había acostado» con la joven, y se manifestó dispuesto á casarse con ella «por amor al duque». Poco después confesó que había mentido, pero con el fin loable de salvar á la familia real de esa alianza. Tan hermosa abnegación no quedó sin recompensa: el hombre obtuvo una pensión y recibió el título de conde de Falmouth. Y la bajeza de los cuerpos públicos igualaba á la de los particulares. La Cámara de los Comunes, reina hacia poco, llena todavía de presbiterianos, de rebeldes y de vencedores, votó «que ni ella ni el pueblo inglés podían eximirse del crimen horrendo de rebelión y de su justa pena, si no se acogían formalmente á la gracia y al perdón concedidos por Su Majestad en la declaración de Breda». Después todos aquellos héroes fueron en cuerpo á arrojarse contritos á los pies sagrados de su monarca. En ese universal rebajamiento parecía que nadie tenía ya corazón. El rey se hace mercenario de Luis XIV, y vende su país por una pensión de 200.000 libras. Ministros, miembros del Parlamento, embajadores, reciben dinero de Francia. El contagio se extendió hasta los patriotas, hasta los más puros, hasta los mártires. Lord Russell intrigó con la corte de Versalles; Algernon Sidney aceptó 500 guineas. No tienen ya bastante delicadeza para conservar un poco de discernimiento; no tienen ya bastante discernimiento para conservar un poco de honor.

Si se mira al hombre decaído de tal suerte, se encontrarán en él desde luego los instintos sanguinarios del bruto primitivo. Un miembro de la Cámara de los Comunes, sir John Coventry, había dejado escapar una expresión que se tomó por una censura de los devaneos reales. El duque de Monmouth, amigo suyo,

obedeciendo una orden del rey, se entendió con unos cuantos hombres de confianza que, acometiendo á traición á ese personaje, le partieron la nariz. Un malvado, Blood, intentó asesinar al duque de Osmond y dió de puñaladas al guardián de la Torre por robar los diamantes de la corona. Carlos II, opinando que ese hombre era interesante y distinguido en su género, le hizo gracia, le dió un dominio en Irlanda y le admitió en su intimidad al lado del duque de Osmond; de suerte que Blood vino á ser una especie de héroe y fué recibido en la mejor sociedad. Después de tan buenos ejemplos, cabía atreverse á todo. El duque de Buckingham, amante de la condesa de Shrewsbury, mata al conde en duelo; la condesa, disfrazada de paje, tenía el caballo de Buckingham, y besó al duque completamente ensangrentado; luego ese par de homicidas y de adúlteros volvió públicamente; y como en triunfo, á la casa del muerto. Ya no se asombra uno de oír al conde de Koenigsmark tratar de «pecadillo» un asesinato que había cometido con alevosía. Traduzco el relato de un duelo, tomado de Pepys, para hacer comprender esas costumbres de soldadotes y matachines.

Hallábanse hablando sir Enrique Bellasses y Tomás Porter, los dos amigos más grandes del mundo, y sir Enrique Bellasses hablaba un poco más alto que de costumbre, expresándole alguna opinión. Uno de los que estaban presentes dijo:

—¡Cómo! ¿Es que riñen, que hablan tan alto?

Sir Enrique Bellasses, al oírlo, respondió:

—No, y quiero que sepáis que yo no riño nunca sin levantar la mano. Tened esa por una de mis reglas.

—¿Qué es eso de levantar la mano?—dijo Tomás Porter.—Quisiera yo ver al hombre de Inglaterra que se atreviese á darme un golpe.

En esto sir Enrique Bellasses le dió un bofetón en la oreja, y se marcharon para batirse... Tomás Porter supo que llegaba el coche de sir Enrique Bellasses; entonces salió del café en que esperaba las noticias, detuvo el coche, y dijo á sir Enrique Bellasses que bajase.

—Bien—contestó sir Enrique Bellasses;—pero *no me atacaréis* mientras bajo, ¿no es eso?

—No—dijo Tomás Porter.

Bajó el otro, y los dos desenvainaron. Ambos salieron heridos, y sir Enrique Bellasses, tan gravemente, que murió á los diez días.

No serían esos mastines los que tuviesen compasión de sus enemigos. La Restauración se inauguró con una carnicería. Los lores llevaron el proceso de los republicanos con una insolencia de crueldad y una franqueza de rencor extraordinarias. Un jerif se agarró en el cadalso con sir Enrique Vane, registrándole los bolsillos, y arrancándole un papel que trataba de leer. Durante el proceso del mayor Harrison, se colocó á su lado el verdugo, en hábito siniestro, con una cuerda en la mano: querían que saborease la muerte con antelación. Le descolgaron vivo de la horca y le despanzurraron; la víctima vió arrojar al fuego sus entrañas; después le descuartizaron, le arrancaron el corazón aún palpitante y se le enseñaron al pueblo. Los caballeros asistían por gusto á ese espectáculo. No faltaba quien fuese más allá: el coronel Turner, viendo que se descuartizaba al legista Juan Coke, dijo á los subordinados del jerif que acercasen más á Hugo Peters, otro de los condenados; el ejecutor se aproximó, y, restregándose las manos enrojecidas, preguntó al infeliz si le gustaba la faena. Los cuerpos podridos de Cromwell, de Ireton y de Bradshaw fueron

desenterrados de noche, y las cabezas se colocaron sobre palos en lo alto de Westminster-Hall. Las señoras iban á ver esas ignominias, el buen Evelyn las aplaudía, y los cortesanos componían canciones sobre el particular. Tanto habían descendido las personas que no sentían siquiera la repulsión física. Los ojos y el olfato no ayudaban ya á la humanidad con sus repugnancias; los sentidos estaban tan amortiguados como el corazón.

## V

Al salir de esos espectáculos sangrientos se iban de jarana. Hay que leer la vida del conde de Rochester (1), cortesano y poeta, que fué el héroe del tiempo. Aquello son las costumbres de un truhán desenfundado y aburrido. Frecuentar garitos, seducir mujeres, escribir canciones sucias y folletos obscenos: he ahí sus placeres. Chismorrear entre las damas de honor, andar en dimes y diretes con los escritores, recibir injurias y propinar palizas: he ahí sus ocupaciones. Para darse aires de galán, antes de casarse con su mujer la roba. Para alardear de escepticismo, acaba por rehusar un duelo y ganar fama de cobarde. Durante cinco años, se dice, anduvo borracho. La fogosidad interior, falta de un desahogo noble, se explayaba en aventuras arlequinescas. Una vez, con el duque de Buckingham, alquiló una posada en el camino de Newmarket, y, convertido en posadero, agasajaba á los mari-

(1) Véase un *Estudio* detallado sobre Rochester, por M. Forgues. (*Revue des Deux-Mondes*, Agosto y Setiembre de 1857.)

dos y seducía á las mujeres. Disfrazado de vieja, penetra en casa de un avaro, le quita la mujer y se la transmite á Buckingham. El marido se ahorca, y los otros se ríen de la gracia. Otra vez se disfraza de mozo de silla de manos, luego de mendigo, y se mete en amoríos canallescós. Acaba por hacerse charlatán, astrólogo, y vende en los arrabales drogas para hacer abortar. Es el descoco de una imaginación vehemente, que se ensucia como otra se engalana, que se engolfa en la inmundicia y la locura como otra en la razón y la belleza. ¿Qué podía hacerse del amor en semejantes manos? Ni siquiera se pueden copiar los títulos de sus poemas; no ha escrito más que para los lupanares. Stendhal decía que el amor se parece á una rama seca arrojada al fondo de una mina; la rama se cubre de cristales, los cristales se ramifican y acaban por convertir la vulgar madera en centelleante piocha de diamantes puros. Rochester empieza por arrancarla todo su adorno; para estar más seguro de asirla, la reduce á un palo. Todos los delicados sentimientos; todos los ensueños; ese encanto; esa serena y sublime luz que transfigura en un instante nuestro miserable mundo; esa ilusión que, recogiendo todas las fuerzas de nuestro ser, nos muestra la perfección en una criatura limitada, y la felicidad eterna en una emoción que va á acabar, todo eso desaparece; no queda en él más que un apetito saciado y una sensibilidad apagada; lo peor es que escribe sin animación y correctamente; le faltan el ardor animal y la sensualidad pintoresca; se ve en sus sátiras un alumno de Boileau. Nada más repulsivo que la obscenidad fría. Se soporta la voluptuosidad veneciana, porque el genio realza allí el instinto físico, y la belleza, con sus ropajes deslumbradores, transforma la orgía en una obra de arte.